

Eliana Navarro

LA CIUDAD
que fue

Poemas



EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

LA CIUDAD QUE FUE

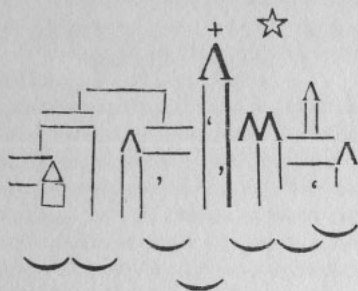
© Eliana Navarro, 1965
Inscripción N° 30.477

Impreso en los talleres de
Editorial Universitaria, S. A.
San Francisco 454
Santiago, Chile

Eliana Navarro

LA CIUDAD
que fue

Poemas



EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

P R E F A C I O

Desde el umbral de un sueño me llamaron . . .

A. MACHADO.

EN OCCIDENTE, al menos, y en las últimas edades de su cultura, puede que la poesía esencialmente "lírica" sea la traducción de lo que el poeta recoge desde un umbral hacia lo interior y lejano: memoria o nostalgia espacial y temporal. Ella se ha vuelto así un país recóndito, acendrado según el curso de la existencia de la criatura que es el poeta. Y el poeta es a medias dichoso y a medias desdichado por causa de esta posesión por ausencia. Implica, antes que nada, una inevitable perspectiva. En fin, un romanticismo, el romanticismo fundamental (Díaz Plaja ha pensado en él como perspectiva espacial y temporal), que excede la caracterización solamente histórica o estética del término. Romanticismo de Hölderlin recapturando a través del paisaje del Rhin o de la evocación de la luz griega, la aptitud de su maravilloso vuelo de las Grandes Elegías, planteando una plenitud por ejercicio espiritual y sensitivo del alma poética y recreadora, una plenitud puede que más íntima que real, y, por lo tanto, tan dichosa como nostálgica. Plenitud nunca lograda, pero cierta en el arcano profundo y nunca del todo conquistable por la aventura y la palabra del poeta. Irse hacia adentro o hacia lejos y llevarnos con él, señalándonos allí con un gesto ya doliente y anheloso, ya gozoso y alto, los límites últimos presentidos, que sólo se alcanzarán con la muerte. Milosz, Machado, Rosalía de Castro . . .

Eliana Navarro pertenece a esta fina y profunda familia. Porque su poesía no es la de una tensión en lucha entre la contingencia, sino la de preservación y avance hacia aquel punto íntimo, casi final. Por lo tanto, lírica; no dramática, no trepidante de calles y motores, de tiendas y de cines, de agonías turbias entre las cuales, con gesto masculino bronco y apasionado, el poeta —varón o mujer— intenta mantenerse en lucha y hacer de este panorama inmediato y de esta urgencia su mundo poético, el que plantea así mucho más el conflicto para vivir el día de cada día, y tensifica la poesía en actitud dramática y, a veces, épica.

*

Leí esta poesía en sus dos libros, "Antiguas voces llaman" y éste que ahora conoce el público, durante la hermosa maduración de un crepúsculo penquista. El y mi lectura finalizaron en la penumbra de la noche inicial de primavera. Algunas escasas, y no muy esenciales, finalmente, anotaciones para componer este prefacio —con cuya petición Eliana Navarro me ha honrado de verdad— apenas si objetivaron, con la exigente y desagradable objetivación del analista, el fluir de su lírica. Más poderosa que mi objeto, ella se hizo afín con el depurado crepúsculo y entrambos lograron en mí una suerte de ánimo sereno, un preludio a la armonía y el silencio. No pude develarla, y lo que intento ahora vale, antes que nada, como una explicación de aquella experiencia profunda y alta que me trajo o, mejor, en la que me situó casi sin violencia. Hizo vivir en mí la poética sugestión de un íntimo misterio, insinuado o aludido, a veces proyectado en aguda flecha invisible hacia un fin ignoto. La noche, su poesía y yo nos resolvimos en silencio. En una serena y bienhechora sensibilidad. ¿Es posible que pudiera llamarse, superficialmente, al poder de esta poesía un poder de evasión? ¿Evasión, este armonizarse de la hora, el paisaje, la voz y mi ánimo? Fue un adentrarme. Y una prueba hermosa de que la lírica, la sutil, no es fuga, sino vuelo interior de la criatura poética, con su carga de realidades cotidianas conflictivas y todo, hacia su ámbito, esa concentración intensamente eficaz, purificante. Algo como lo que produce cierta música, algún paisaje en una hora. A esta preciosa experiencia quería invitar ahora al que tiene este libro entre sus manos. *No a un ensueño blando y complacido, sino a un paso implacable y subyugador de silencio o de aire hacia lo íntimo de todos nosotros*, a través del país interior del poeta, pleno de sugestiones válidas, no del todo necesariamente descifrables, pero agudamente ciertas.

Por un golpe sutil que el poeta sufre en su ánimo y en su sensibilidad, y que nos sugiere en el título o en los primeros versos, esta poesía nos invita a menudo a "entrar", y este entrar vale tanto para un "ir" como para un "volver" . . . según, acaso, nos mueva en espacio o en tiempo.

Eliana está aquí, figura que guarda el límite entre la realidad general y la interior, y, desde ese punto, señalando un color de la tarde, o escuchando una música de cuerdas, o volviendo a ver, recordando en silencio lo pasado sin tiempo, nos hace siempre traspasar ese límite y, hablando, nos adentra. Canta o habla desde ese umbral, guardiana y amorosa exploradora . . .

Este país que surge, a veces, se le plantea desde cualquier punto exterior, y así, todo puede ser llave o puerta elegida o hallada por su espíritu. Mediante algún estímulo, a veces casi inefable, compone, re-compone los materiales dispersos y olvidados de un paisaje íntimo, ya porque él se refleja en los rasgos de una atmósfera, ya porque se despierta desde el son de una voz o de una música, o ya porque, en otras ocasiones, se hace el silencio propicio... Perfume, ángulo, rostro, caricia que se vive, juego, ademán...

Esta sutil y recóndita situación para decir, implica el lenguaje natural y sutilmente punzante de su voz, en una entonación de fluir individual. Pero, en ocasiones —La Flor de la Montaña, Cielo de Amanecer, Atardecer en campos de Castilla— el poema lírico se estructura en la fijeza rigurosa del soneto, y, sin perder flexibilidad, se hace puntual y concluyente, con una maestría que encuadra su temperamento en una incisiva geometría. Algo como lo que ocurría a los románticos, cuando abandonaban el proceso extravertido o interminable del poema más o menos libre (peligro en el que esta poesía no puede caer) y se “obligaban” a la perenne sugestión del soneto que atraviesa las estéticas, desde el Renacimiento hasta hoy. En esto, son logros admirables, equilibrio clásico-romántico, fino o dramático, La Flor de la Montaña, Cielo de Amanecer y el formidable Atardecer en campos de Castilla. No en vano han hecho su ejercicio maestro del soneto en el castellano del siglo, Juan Ramón en España y Pedro Prado entre nosotros. Si fallara al lirismo su expresión individual —que no falla en Eliana—, ahí está el poder y hechizo noble del soneto secular para, incitando desde afuera, objetivar precisa y preciosamente la emoción y la imagen.

*

Acaso sea un gesto definido de esta poesía el de un “ir hacia allí”, el de adentrarse en un ámbito cuyo extremo es la muerte, pero que antes, quizás, el ámbito de antiguas voces; o la renovada, la revivida memoria de lo que, habiendo sido, vuelve a ser.

Esta situación no excluye, ciertamente, una angustia interior ni un drama exterior. Si acaso, la palabra que la define sea la del sueño o del ensueño, (habría que ver cuánto gravita ella en su dicción) la criatura humana (más adelante sugeriremos el problema de la angustia) que detenta esta aptitud de ensueño —insobornable e inagotable en sí mismo, ya que puede que no sea sino siempre él, el mismo, en vívidas y agudas

variaciones— exalta sin estruendo antes que nada el amor, la ternura y la justicia como los más nobles heraldos existenciales de la realidad esencial que sueña: su hermosura, su capacidad de subyugación, vienen a estar casi siempre del otro lado, allá adentro del país poético, ¿acaso en contrapartida inevitable de estos otros que reclama? Aquí y allá, entre los días y los intemporales instantes de su lírica, Eliana viene y va, y comprueba que no se escucha a los heraldos, que se les acoge y traiciona constantemente, que se les engaña como a niños, se les mancha y frustra . . . Y así, de la realidad contingente aludirá, antes que nada, con una fina exigencia de lágrimas, al amor de mujer y de madre y al fracaso de los hombres en cuanto prójimos.

Porque a los que creyeran que Eliana es un individuo ajeno y esquivo, tranquilamente instalado en su sueño, sin preocupaciones, libre y segura en su cerrada posesión, debemos responder que se equivocan fundamentalmente. Eliana Navarro es una activa mujer integral: fundamento de una hermosa y grande familia, grande en calidad y en número, junto al inquieto y admirable hombre y poeta que es José Miguel Vicuña, su esposo, y a sus siete maravillosos hijos, entre los cuáles hay alguno que ya ha sido capaz de entregarnos dos versos como éstos: “Cada paso que doy es una muerte, / cada paso que doy lo retrocedo” (Miguel Vicuña Navarro); mujer de trabajo entre las salas en extremo serias y agitadas de la Biblioteca del Congreso; mujer, en fin, que sabe de la inquietud cotidiana como la que más, y que, sin embargo, llama a una de las secciones de este libro precisamente: EN MI CASA. En el viviente sector de calle entre los Tribunales de Justicia y la Biblioteca del Congreso, como entre dos irónicos símbolos sabe encontrar y VER el cuerpecillo de un suplementero dormido, al borde del cual todo se detiene: “las palabras solemnes, / el rumor callejero, / los motores, los frenos”. Al borde de este sueño de niño —cielo, mar o tierra de trigal—, se detiene como ante una realidad más esencial y verdadera, porque “acaso él es el único que ahora está despierto / y quienes lo miramos, caminamos dormidos”.

Como la Flor de la Montaña de su espléndido poema de este nombre, Eliana es de una “frágil estructura” a la que un “hálito de ensueño la circunda”, pero “junto a su cáliz se detiene el cielo”.

Cuando la hemos visto entre los poetas y los amigos, entre los críticos y estudiosos, Eliana está casi del todo en silencio, tímida al parecer, dueña de un superior pudor. Entre las exposiciones y discusiones, ella se quedará en un discreto segundo plano, como no queriendo mostrarse, lo más opuesta posible al tradicional exhibicionismo de nuestra fauna.

Pero a su casa llega el poeta del norte o del sur, el amigo de todas partes, y junto a ella y José Miguel, encontrará hogar y fraternidad. Natural, parece, entonces, que los poemas "objetivos", de motivación y asunto "exterior" o colectivo, que en esta obra se agrupan al final, sean los Cantos por la Paz, la paz sin nombre político, sino absoluta e integralmente humana, que parte de la visión de Cristo en su Oración del Huerto, de la visión del Amor traicionado entre los hombres. Se preguntará con angustia si la voz de los poetas no podrá detener "la ola oscura" que desatan "los carniceros" en cualquier lugar del mundo. La madre gentilísima que hay en ella se detendrá ante el campo de los jóvenes muertos en la guerra ("veinte años, dieciocho años"), un cementerio de cruces, clamando: "¡Hombre del Siglo Veinte, veinte siglos, / no te enseñaron el amor!". El amor, sólo el amor es el que puede enseñarnos la paz. Y con más directa voz, entonando sin furor su profunda y dolida exigencia, llegará entre las mujeres de la tierra, sin instancia política alguna, como mujer madre-y-esposa, a decir grandemente, "con el amor como guirnalda / ceñido a sus vestidos", la palabra mayúscula y solitaria, unión de todas las voces: "esta palabra: PAZ".

*

Así, entre este mundo y el íntimo, entre mundo y trasmundo, está Eliana, llegando y saliendo de su umbral.

*

Pero el reino más propio de su poesía, la zona intangible casi de su más propio lirismo, es aquel en donde antiguas voces llaman. Por donde ella recorre "los caminos del llanto". Por donde evoca "la ciudad que fue". Y en el ambiente inmediato y concreto, su lugar verdadero está "en mi casa", allí donde conjuga lo exterior y lo interior, en sueño cierto y grato, entre juegos de madre poeta con sus hijos, diálogos de amor con el esposo y que termina, significativamente, con aquel "Huerto cerrado", porque en verdad "este es mi reino oculto".

Así, por varios de estos poemas se abre una perspectiva que la llama, o bien ella emprende un caminar oculto o reclama la soltura de los lazos para emprender su sueño, su discurrir secreto y lejano. Va recorriendo "los caminos del llanto".

¿Cómo íbamos a detenerla? No nos lo grita ni nos lo exige. Nos lo habla con una punzante melodía de evidencia, simple, desnuda y verdadera, como un testimonio. Y ella sabe más que nosotros. ("Los caminos del llanto son oscuros. / Al fondo alza la luz su rostro ingenuo"). Y ex-

presa su deseo tan mansa y dulcemente, con mayor fuerza que un clamor. Porque la agonía de la zona de las sombras es sólo una densidad aparente, y ella está movida por una ligereza admirable: "No quiero estar en nada detenida. / Quiero morir como un ave en su vuelo". De un modo u otro, por una u otra sugestión secreta, ella se encuentra ante el surgimiento o el anhelo de esa oculta realidad. De pronto, entre la niebla, se abre ante ella una "invisible ventana" por la que se asoma, atraída a un vivir, a un revivir:

*Son árboles antiguos, pero nuevos.
Son rostros conocidos, como desdibujados,
voces que llenan ámbitos agrestes,
que vienen de muy lejos.*

¡Qué canción olvidada!

Y aquella canción la hierde con su frío, quiere "correr hacia sitios de lumbre", pero "una niebla gris lo invade todo", y ese gris es "tiempo", "muerte", "gris" implacable, "color que odio". Se ha engañado. No es la luz, al fondo de aquella ventana. Su entrada en la niebla la lleva a oír la canción de la muerte, y huye, huye en lo gris y de lo gris, muerte, tiempo, porque no es consunción lo que busca o recuerda.

Y, en vez de una ventana, se mirará en un espejo, "hacia adentro, muy hondo", donde la risa se diluye en el sollozo y los ojos se miran definitivamente, contemplándose "al espejo de imágenes borradas", perdiendo ya el sentido de la identidad, llevada por un río, cegada por un fulgor. Y, de nuevo, "quisiera huir" hacia una plenitud verdadera, allí donde todo, simplemente, "cante y cante". O camina entre "casas de cartón", en tanto resuena en su interior el mar, "el viento de la estepa", y entonces invoca el nombre del amor: "Sólo tu nombre quiero decir alto, / decirlo muchas veces", para vencer la "voraz marca" de la soledad, en el punto en que "se quiebra la máscara, / deshecha por mi llanto".

Otra vez, es que atardece. Y entonces:

Déjame ir hacia la luz.

.

Déjame ir. ¿Qué nudo

me sostiene a tu cetro?

Nací para la luz,

para el sol puro, abierto.

Pero, después, pronto volverá a decir aquello: "Voy lejos / Camino lejos. / Me encuentro lejos. / Lejos. / Donde la voz no alcanza" / ... "Quería estar aquí / Venir a este lugar, / sentir la soledad sonando" y "ahora tengo miedo, / incapaz de mirar / mi propia muerte".

Eliana busca la verdad de la poesía, no la consunción de la muerte por sí misma, la entrega, el vencimiento. Y elegirá los trasuntos, las perspectivas de esta verdad mirando los castillos del crepúsculo. Porque la Poesía es, en verdad, "la Primavera", y , todavía más, una "intocada visión clavada adentro / distante del espacio, liberada del tiempo, / entre la tempestad y el hondo sueño". Tempestad, es espacio, ejercicio activo. Hondo sueño, ¿es el tiempo? E insistirá invitándonos, invitando al amado: "Ven, dulce amigo, / florece el alicanto". Y ante la muerte del joven amigo, el músico elegido, parece develarse más toda la sombra y los probables equívocos:

*La luz con finos dedos
golpea los vitrales.*

.
*Permanezco clavada
en su umbral doloroso
sin atreverme a entrar*

.

Luz que la toca y la invade: "como en los instrumentos olvidados, / alguien puede tocar de pronto un alma". Por eso:

*Ahora sé tu muerte.
La noche no te toca,
no puede hacerte daño.
Te besa para siempre
esa luz inhallada
que fuiste aquí buscando.*

Como él, como el músico, el lírico nació para esa luz del día que eternamente nace: Pero la criatura humana se encuentra en el umbral y la muerte es la noche o la sombra, acaso hasta una fascinación peligrosa de sirena que malogrará, precisamente, su logro. El amigo muerto la ha superado. Ella la sigue presintiendo, escuchando o mirando entre los ecos punzantes e indecibles de la música, el cielo, el mar, el sueño.

Un día, nacida para la luz, acaso alcance a merecerla. Mientras tanto, vive y lucha y sueña y canta. La "intocada visión" permanece; el poeta le guarda su insobornable y exigente fidelidad. . . Ahora el poeta tiene el recuerdo, el secreto, el trasunto de la infancia casi original a través del viento del sur que vuelve o de la visión de la ciudad que fue o del vuelo íntimo de la música o del mundo de rosa secreta que hay en un abanico de mujer:

Puede contar la historia de un sol desvanecido

.
*Aplicando el oído a su rumor de seda,
se escucha el mar cantando.*

Y a veces, se alcanza un instante de perfecta plenitud, cuyo testimonio es el poema lírico magistral, de palabra casi toda interior, breve y completo como un mundo:

*Tú, voz fugaz, soledad, adiós.
Dentro, pura, la llama se consume.
Asciende, lento, el mar su extraña música.
La lágrima quemante, su perfume.
En el cristal, los ojos de la lluvia.*

(QUINTETO EN LA MENOR)

•

Lector, te invito a vivir la experiencia de esta lírica poesía. Molesta a su lado toda pedantería objetivadora y analista. No hemos podido alcanzar la excelencia de rehuirla, y, haciendo con la palabra un plástico ademán, llamarte a que entres en el libro, a estas voces, a esta voz. La grande mujer que nos ha confiado esta responsabilidad, nos disculpe, y tú, si puedes, recompón de todas estas palabras sólo el gesto de una mano que invita con discreción. Lo demás, vuela hacia afuera. Entra entre estas hojas tú, y oye, respira, alcanza, acaso, silencio.

GASTÓN VON DEM BUSSCHE.
Concepción, octubre de 1964.

A ELIANA

*Manantial de la vida, voz angélica,
de ti nacen los ríos que endulzarán la tierra,
Carlos, Ana María, Miguel, Juan y Leonora,
escolares audaces de ilusión ardorosa,
con los otros menores, Pedro Ignacio y Rodrigo.
Antiguas Voces llaman en tus versos divinos
y en ti la brisa adquiere sus fragancias de huerto.
Eres la primavera y el rubor de los cielos.
Eres cristal de roca: delicada y potente,
exquisita y segura, tenaz y transparente.
Toda la vida sea como estas horas
en que marchamos juntos por luz y sombra.
Espina es el amor, rosa y quimera,
manantial de la vida, voz angélica.*

José Miguel Vicuña

MUCHAS VECES, de niños, vimos esa ciudad, en un lugar preciso del cielo, al atardecer. Vimos abrirse o cerrarse sus puertas fulgurantes, custodiadas por ángeles de fuego. Vimos sus cúpulas de oro y escuchamos, traído por el viento, el son de sus campanas.

Le dábamos nombres oídos al azar: la ciudad perdida, la ciudad de Dios. Cuando llegamos a la adolescencia, empezamos a verla cada vez más a lo lejos, hasta que, envuelta en bruma, se confundió con nuestros sueños.

PRIMERA PARTE

Los caminos del llanto

*Los caminos del llanto son oscuros.
Al fondo, alza la luz su rostro ingenuo.
No quiero estar en nada detenida.
Quiero morir como un ave en su vuelo.*

JUEGO DE SOMBRAS

(Poema en tres tiempos)

I

Como un niño, jugaré con mi sombra
sobre la arena pálida.
Jugaré con la sombra de mis dedos
dibujando figuras sobre el agua,
al borde de la fuente, detenida.
Jugaré a perseguirme por las gradas
donde bailan las hojas del otoño,
e iré llamándome en distintas voces
para escuchar que el viento me responde.

II

Del mar hacia la sombra;
de la noche hacia el viento.
Girasol, girasol,
dolor inmenso, mundo de soledad,
herido cielo.
Te nombro entre la espuma,
te adivino en el sueño,
vago por los caminos
murmurando un lenguaje que no entiendo.
Caracol, cascabel, secreta música,
mariposa de luz entre mis dedos.

III

Todo está ya cumplido.
Ahora sólo quiero
reclinar mi cabeza y dormir.
Todo lo que era llama se convirtió en ceniza.
El mar calló su coro de tempestuosas voces.
El viento sus laúdes.
El corazón, su enigma.
Con las manos atadas,
con los ojos vendados,
¿hacia qué noche,
hacia qué oscura y larga noche
camino sin descanso?

EL ESPEJO

Hacia adentro, muy hondo,
donde la risa tiene el temblor del sollozo,
donde los ojos miran sin temor de mirarse,
me contemplo al espejo de imágenes borradas,
y ya no sé quién soy,
ni qué río me arrastra,
ni qué fulgor me ciega.

Quisiera huir adonde el sol consume
los ríos de mi sangre,
donde el mar incansable
sus espumas levante,
donde el viento, con bárbara armonía
cante, y cante.

COMO IR MURIENDO

Ah, soledad, enséñame tu sonrisa olvidada,
muéstrame nuevamente tu desvaído rostro,
tu sombra de congoja, tu mano atribulada.
Dime que estoy atada a tu carro de triunfo,
que soy tu prisionera, que voy encadenada.
Házmelo oír muy alto,
que domine el tumulto de otras voces,
que resuene en mi casa
como el rumor rebelde de un mar atormentado.

Así, sabré de nuevo amar tu frío beso.
Será como ir muriendo.

Cuando ansíe su rostro,
surgirá allí tu máscara.
Cuando busque sus manos,
recogeré tan sólo un rocío de lágrimas,
una oscura ceniza, una rosa de escarcha.
Por eso, di muy alto las antiguas palabras.
No intentaré escapar de tus sedientas manos.
Cogeré mi bordón, desandaré mis pasos.

No temas. Te velaré hasta en sueños.
Será como ir muriendo.

No miraré con ojos de mi cuerpo.
Olvidaré la luz de la palabra.
Pero dentro de mí, la espuma frágil,
el mar estremecido, su relámpago,
quedarán míos, puros en mi sangre
y nadie, nunca, apagará su canto.

Aquí, junto a esta puerta,
aquí llamo llorando.
Aquí sin cuerpo llevo,
perdida de mí misma,
perdida de mis pasos,
de mi voz, de mi alma,
con un sabor de muerte
entre los labios.

Y tú tienes un verbo sin palabras,
una luz cegadora,
una sombra que es áspera,
un hálito de nieve,
un tiempo todo llagas.
Y estoy aquí llamándote,
como la frágil caña
cuya ceniza un soplo desparrama.

QUINTETO EN LA MENOR

Tú, voz fugaz, soledad, adiós.
Dentro, pura, la llama se consume.
Asciende, lento, el mar su extraña música.
La lágrima quemante, su perfume.
En el cristal los ojos de la lluvia.

His voice was like the voice of my own soul.

SHELLEY

Sabía que existía esa voz,
esa clara voz mágica;
que me estaba llamando
con las varas del mimbre
o detrás de las nubes,
cerca de las estrellas rezagadas.
Sabía que venía,
corriendo sobre el viento
para besar jugando mis cabellos.

Tanta sombra y ceniza.
Tanta noche.
Ya no puedo escucharla.
Y todo me parece de raíz arrancado,
campo de sal, abierto páramo,
camino,
camino con mi sangre comprado.

SONETO

Morir sólo de sed desamparada,
sólo de aire y de sol desvanecido,
de oír crecer el tedio y su latido
y decrecer la oscura marejada.

Saber que la ternura fatigada
miente el fulgor de amor recién nacido,
quiere engañar al rostro del olvido,
decir: llama, pasión, hora extasiada;

decir entrega, canto luminoso,
relámpago abismal, raíz del gozo,
desafío a la noche y a la suerte.

Y sentir que ese engaño nos tortura,
que esa mentira es río de amargura
donde se asoma el beso de la muerte.

VIAJEROS EN LA NOCHE

Resuena sólo el viento.

Resuena sólo el canto del silencio,
con ese ruido sordo de caracol marino
que tiene algo de frío, de misterio.

Aquí, hace mucho tiempo,
una noche estuvimos,
una noche en que ardían lámparas vacilantes
y nos rodeaban máscaras,
pálidas vestes, túnicas marchitas.

Hablábamos de cosas sin sentido
y envueltos en la música reíamos,
con una risa larga semejante al sollozo.

Sabíamos que afuera
la luna navegaba en un aire nupcial
y la fronda tejía sobre el suelo
arabescos movibles, vagos perfiles de la noche.
Pero nada era nuestro.
Desprendidos del mundo, inmóviles viajeros
hacia un extraño reino desolado,
huyendo, huyendo de nosotros mismos,
las manos prisioneras, caminábamos.

INVISIBLE VENTANA

Se abre a veces en medio de la niebla.
Miro por ella y un camino extraño
me envuelve en su ansiedad.
Son árboles antiguos, pero nuevos.
Son rostros conocidos, como desdibujados,
voces que llenan ámbitos agrestes,
que vienen de muy lejos.
Siento manos amigas,
un brazo predilecto me ciñe,
un silbo corta el aire: ¡Qué canción olvidada!
Como un puñal me hiere con su frío.
Quiero correr hacia sitios de lumbre.
Mas una niebla gris lo invade todo.
Gris de tiempo,
de muerte,
gris,
color que odio.

LA PALABRA DEL MAL

La palabra del mal,
flor de montaña, sola;
helecho temeroso,
musgo de sol y sombra.

El río lleva un canto
de música monótona
y el rocío se llega
con pasos de congoja.

Viene del cielo el ave,
desplegada en su copa,
tendida como un arco
contra la tierra tosca.

Greda, greda la carne;
greda, greda la roca.
A cincel y martillo,
a látigo y escopla,
nace de entre mis manos
la desolada forma
que quiero levantar
hacia los cielos, loca.

Surge la noche inmensa
con su ventisca ronca:
Viento cordillerano,
ala quebrada, rota,
que se queja volando
como una voz llorosa.

¿Dónde, dónde tu mano?
¿Dónde, dónde tu boca?
La palabra del mal,
flor de montaña, sola.

OBSESION

Camino entre casas de cartón,
entre gentes sin alma.
Dentro de mí resuena la música del mar,
el viento de la estepa,
el rumor de árboles azotados.

Sólo tu nombre quiero decir alto,
decirlo muchas veces,
escucharlo volar como un pájaro ciego
rasgando las paredes;
repetirlo
como un rezo de salvación,
como un canto de amor,
cuando la soledad
con su voraz marea me derriba
y se quiebra la máscara
deshecha por mi llanto.

LEJOS

Voy lejos.
Camino lejos.
Me encuentro lejos.
Lejos.
Donde la voz no alcanza,
Donde la nieve
puede ser un ensueño
o una mortaja;
donde las hojas vuelan arrastradas
y un viento negro y húmedo
se me pega a la cara.

Aquí quería estar.
Venir a este lugar,
sentir la soledad sonando,
inmenso mar amargo.
Ahora tengo miedo,
incapaz de mirar mi propia muerte.

BARCAROLA

Como de sol,
 y nos rodeaban.
Como de mar,
 y nos rodeaban.
Como de llanto,
 y nos rodeaban.
Iban cerrándose en finos círculos
y de todos los seres nos alejaban.

Queríamos huir. Nos estrechaban.
Gaviota, sal, orla de espuma,
música bárbara.
Las manos no eran manos.
Eran coral o llama.
El silencio se hacía predilecto.
La voz no contenía la palabra.

Acaso alguna vez volvamos a encontrarlos,
—como de sol,
 como de llanto—
los círculos del sueño,
y nos parecerá que no existieron
que fueron sólo una mirada,
la huella de la espuma
que la ola dejó sobre la playa.

SEGUNDA PARTE

La ciudad que fue

*Al atardecer, la ciudad cambia sus murallas,
se cambia toda entera
como si la nostalgia tomara sus contornos
y caminara viva por sus calles.*

LAS NUBES

Deja mirarte, cielo,
ver tus altos torreones incendiados,
tus arcángeles de oro,
tus fantásticos potros elásticos, deshechos,
galopando en riberas verde jade,
en arenas bermejas o amarillo Van Gogh.
Así, tendida sobre el musgo,
contemplándote,
yo no siento el cansancio del día fragoroso.
Con tus ingenuos príncipes me yergo,
desfallezco,
me dejo conducir en el viento profundo.
Pero ya no son príncipes, son naves,
las inauditas naves veleras, argentadas,
con sus extraños nombres balbucidos,
las presurosas naves de mi infancia:
Corinto, Agamenón!
Y es el rumor del mar,
el prodigioso idioma de llanto y arrecifes,
el rumor insondable:
humedecidos remos fulguran, se deshacen;
y es el rumor del mar, que sube de los árboles,
del mar y sus lejanas campanas de cristal,
del mar y su nostalgia, y su sollozo-espuma.

La lavandera aprende mi secreto:
Mira el cielo sonriendo
mientras sus manos baten
arreboles de nube y de jabón.
En la ventana, sólo queda
la dulce, testaruda cabeza de la abuela.

El ángel de la noche suena su corno de ámbar.
Oscuros galgos vaporosos,
mastines de anchas fauces sombrías aparecen.
Los arqueros del sol lanzan sus flechas rojas.
Las piedras de sus hondas, multicolores nacen,
mueren grises.

Cierro los ojos antes que la sombra
deshaga mis castillos, mis corceles,
mis atrevidos príncipes con penachos de llamas.
Quiero guardarme su visión eterna.
No me la robe el viento. No la borre la bruma.

CIELO DE AMANECER

Con llama musical, arrobadora,
retrocede la noche, el día crece.
Rocío-rosa en tu cantar florece,
cielo de amanecer, copa sonora.

Imagen de mi vida, de mi hora,
de lo fugaz que abrasado perece.
En tu playa de luz se desvanece,
día a día la espuma de la aurora.

Sólo un instante durará tu vuelo,
tu estremecido canto, dulce cielo,
morirá en el relámpago del sol.

Tal nace de tu muerte la mañana,
tiene en su resplandor la vida humana
la breve duración de tu arbol.

A LA POESIA

A MARÍA MALUENDA Y A ROBERTO PARADA

Eres la Primavera. Su oro enceguecido.
Con rumorosos trigos, quisiera coronarte.
Con las húmedas flores que al alba se estremecen;
con las trémulas llamas que consumen la tarde.
Ceñiría a tu cuerpo la noche de los astros,
sus desgarradas alas palpitantes,
el viento presuroso que canta entre los juncos,
la guirnalda de blancos arrayanes,
y dejaría así detenido tu gesto,
tu sonrisa infantil dibujada en el aire.

Que sobre ti no caiga la lluvia de ceniza,
la oscura sal del tiempo,
—espuma, espuma frágil
sobre un mar de tiniebla—
espiga estremecida sobre tierra de sangre.
Que nunca en mí se apague la sed de tu relámpago,
quemadura invisible,
cristal de flor y llanto.
El mar tiene tu imagen,
tu insistente tormento:
socavadura lenta,
ala de cóndor trémula.

Me pusiste en la frente tu estigma desolado.
Con él quiero marchar. No libraré los brazos.
No escucharé más voz que la del mar lejano,
ni sentiré más llanto que el rumor de la lluvia,
ni buscaré otras manos
que las suaves del viento entre los álamos.

Voy por la noche torva
sin dejar de mirarte.
Por el aire salobre,
con tu voz en mi sangre.

El mar tiene tu imagen
y es demasiado dulce para mirarla sola
sin llorar, intocada visión clavada adentro,
distante del espacio, liberada del tiempo,
entre la tempestad y el hondo sueño.

VIENTO PUELICHE

¡Años-lluvia sin verte, claro amigo,
humo, ceniza, tamizada escarcha,
años-llanto sin verte,
cuchillero del alba!

Trasasaba tu frío sobre el rostro.
Arrastrabas la niebla,
caminante de pies alados sobre los barrancos.
Trasasabas la manta
y la tusa del "Arrebol"
temblando, se erizaba.

Es ahora, de nuevo, el valle verde,
tu sonoro cuchillo,
la niebla sobre el río
y el largo sollozar de lluvia encabritada.
¡Pero no está la loca!
La que escucha tu historia desvaída,
la que juega sonriendo a desafiarte,

la que corta
con suave voz tu silbo de diamante
y montando su potro verdinegro,
montaña adentro, sale a contemplarte.

Rondas la casa,
empujas los cristales,
despedazas el sueño.
¡Pero no está la loca!
Prisionera,
sólo su sombra baila en los umbrales,
baila contigo interminablemente,
una danza irreal:
ensueño y aire.

CARAHUE: CIUDAD QUE FUE

A LA MEMORIA DE MI AMIGO WALDO MUÑOZ

Ciudad que fue, Imperial, la lejana,
de bosques y de trigos coronada,
batida por el puelche,
acariciada
por el cantar del río,
flauta de verde música y de plata.

Estremecida
por el galope ronco de caballos,
por la lenta salmodia de los indios,
por el rumor de la selva araucana:
fragancia y canto,
oscuridad y llama.

El río va arrastrando en la noche tus sueños,
tus sombras legendarias.
Don Alonso de Ercilla desenvaina su espada
y su corcel manchado de súbito relámpago,
atraviesa la noche
como una sementera desplegada.
Suenan el grito guerrero de la indiada,
estallan las hogueras
y las pisadas de los pies descalzos
vibran con el fragor de una resaca.

Sur indómito y dulce,
cuna de los trigales,
el corazón del viento
te entrega sus secretos.

Te rodea la lluvia con sus cortinas frágiles,
te ciñen las estrellas
inmensas, extasiadas.

Vuelvo a mirarte,
te contemplo en sueños,
entre voces lejanas,
y cruzo tus caminos
al lado de mi padre,
desentraño tu selva
y en su pura fragancia
como en un mar oscuro me sumerjo,
para volver al sol,
al aire de mi infancia.

ATARDECER EN CAMPOS DE CASTILLA

A sol, a sombra, el cielo se detiene.
Copia el río su lumbre alucinada,
su inasible visión transfigurada
que de celestes ámbitos nos viene.

La tierra castellana lo sostiene
como una ánfora entera iluminada,
estremecida, llora en su jornada,
llora con voz de siglos ¡miserere!

Castilla, cielo púrpura, enclavado,
amapolas de sangre, tierra oscura,
ronco gime tu sol encadenado.

En la luz fantasmal sólo perdura
el resplandor del río desolado
y el grito de los grajos en la altura.

SUPLEMENTERO DORMIDO



CRÓNICA PARA MIS COMPAÑEROS DE TRABAJO

Sobre el césped, tendido,
bajo el cielo exultante de arboles,
entre los Tribunales de Justicia
y la Casa de los Legisladores,
el pequeño rapaz suplementero,
cansado de vocear los diarios de la tarde,
con ellos por almohada, se ha dormido.

Montt y Varas empiezan a moverse,
quieren abandonar su estrafalario plinto.
Tal vez les interesa la prensa vespertina
o tan sólo desean acariciar de nuevo
la mejilla de un niño?
Mas él duerme, él simplemente duerme,
bajo el cielo manchado de fugaces palomas,
él duerme, simplemente, como duermen los niños.

Las columnas lo miran conmovidas,
la imperturbable, rígida balanza
tiende a inclinarse un poco,
mientras resuena adentro
la voz opaca de los relatores,
se redactan las álgidas sentencias
y deambula por los corredores
el fantasma togado de la jurisprudencia.

Todo al borde del niño se detiene:
las palabras solemnes,
el rumor callejero,
los motores, los frenos,
las húmedas campanas.

Yo quisiera adentrarme por su sueño:
Doradas galerías, luminosos anillos,
hacia mundos de azul omnipotente,
saltando del violeta hacia el topacio,
del rojo al amarillo,
voceando en jerigonza los periódicos,
al oído del sol, soberbiamente,
como un ángel recién amanecido.

O tal vez en la playa,
en la espuma sonora y la resaca,
entre el viento de sal
y el rumor de las lágrimas,
cuando chasquea el mar su lengua verde
y la arena es tan sólo
el espejo de un cielo enardecido;
jugando a que el albatros,
en cadenciosos círculos,
lo va llevando sobre la alta espuma,
lejos, adonde ocultan los soles sus navíos.

O quizás si en llanuras verdegueantes,
con ondulados trigos,
donde los diarios son mil volantines
en el aire cobalto suspendidos
y hay que subir por puentes de arco iris,
y hay que franquear umbrales de rocío
para ir contando a los astros sonrientes
que el "Sputnik" inicia
su aventura celeste.

Brilla la tarde sobre las achiras,
arde con ellas, con su intensa llama,
roja, verde, amarilla.
Descienden las palomas
a la fiesta del agua sobre el prado.
No hagáis ruido. Aún no ha despertado.
Dejémoslo en su sueño sumergido.
Acaso él es el único que ahora está despierto
y quienes lo miramos, caminamos dormidos.

EN LA MUERTE
DE GABRIELA MISTRAL

No quiero ver tu rostro, adorada viajera.
Lo miré tantas veces recortarse
en las altas montañas de mi tierra.
No quiero oír las voces
que lloran por tu ausencia.
No quiero oír el eco
que repite tu nombre
de valle en valle,
de mar a cordillera.

Sólo tu voz,
tu voz quisiera oír
en esta tierra América
donde el dolor del indio
siembra su oscura sementera;
tu voz, que sola basta
para llenar el mundo
como un candente manantial,
que es dulce,
para dormir a un niño.

Tu lengua del amor,
la dolorida, la extasiada,
llama de transfiguración,
la que tiñó con sangre tus estrofas
y te dejó por siempre
clavada en su fulgor.

Ahora, no digamos.
Escuchemos al viento
quebrar junto a los trigos su sollozo,
porque no está tu acento.

Ahora, no digamos.
Escuchemos sólo al silencio,
única voz que puede
responder a tu verbo.

Escuchemos subir de las vertientes
ese sordo clamor de letanía
porque ya nunca sentirán tu beso,
y entre los altos pinos, junto al mar,
¡Escuchemos!

LA FLOR DE LA MONTAÑA

A MI HERMANA RAQUEL

He mirado la flor de la montaña
solitaria crecer en la espesura,
única en el fulgor de su dulzura,
dócil al sol, rebelde a la cizaña.

La sierra de alma bárbara y huraña
al sentirla nacer, se transfigura,
como si en esa frágil estructura
ardiera todo el fuego de su entraña.

La envuelve el viento en lumbre de pureza.
El agua que la besa es más profunda.
Todo se hace más hondo en su belleza.

Nacida desde el sol en alto vuelo,
un hálito de ensueño la circunda:
Junto a su cáliz se detiene el cielo.

EPITAFIO PARA GABRIELA

Ella quedó en silencio. Se ha dormido.
No toquéis ya su corazón quemante.
Dejad hablar al mar, al viento, a la montaña.
Solamente su sordo rumor estremecido
entre coros de niños, se levante.

ROBERTO FALABELLA

La luz con finos dedos
golpea los vitrales:
es azul y liviana,
casi celeste, diáfana,
en el instante frío
en que comienza el alba.

Me acerco a tu silencio.
Permanezco clavada
en tu umbral doloroso
sin atreverme a entrar
y tu lumbre, tu ser, tu pura llama,
estremecido río, me traspasa.

Como en los instrumentos olvidados,
alguien puede tocar de pronto una alma,
arrancarle un sonido que nadie conocía,
enseñarle un lenguaje,
transmutar noche en día,
llanto en fuego,
música en palabra.

Ahora, sé tu muerte.
La noche no te toca,
no puede hacerte daño.
Te besa para siempre
esa luz inhallada
que fuiste aquí buscando.

LA SOMBRA SE OSCURECIO

“Ay, Federico García”,
cuando entramos en Granada,
a veinte años de tu muerte,
sólo por ti preguntaban.
Te busca de puerta en puerta
el viento desde la Alhambra
y por los cármenes altos
suena una voz que te llama:
Ay, como a clavel de sangre
te cortaron en el alba,
como a vara florecida,
te dieron viento de escarcha:
La sombra se oscureció.
La muerte quedó manchada.

TERCERA PARTE

En mi casa

A mis hijos

*He aquí la noche.
Se presenta con su traje habitual
de alas y pedrería.
Golpea los cristales y sonríe
invitando a soñar en sus jardines.*

LUNA

Ven, dulce amigo,
florece el alicanto
y bajo el agua temblorosa ruedan
muertas estrellas y perdidos cantos.
¿Quién detiene en el viento tu voz pura?
¿Quién acecha tu paso?

Las campánulas juegan con el trébol
y un céfiro de dicha
discurre por el prado.
Son altos los magnolios y embriagantes.
Blanca su flor,
como mi sueño, blanco.

AMIGA POESIA

Me preguntan a veces: ¿Qué es de la poesía?

—Es una gran amiga. Suele venir por casa.

Le encanta alborotar. Ayuda tanto:

No puede ver las lágrimas.

Las recoge por todos los rincones

y las cuelga en las lámparas.

En el ropero guarda mariposas

y en algunas mañanas

toca el disco del sol en primavera

y la casa navega

agitada por nubes y cigarras.

Cuando el señor Invierno, sentado a nuestra puerta

se echa a fumar su pipa a bocanadas,

ordena los armarios

con especial esmero

y enciende en cada pieza

una llama de ensueño.

A veces la tristeza nos visita
con su capa de niebla tan extraña.
Todos queremos que se vaya pronto
y le hacemos desaires,
nos sonreímos en su propia cara.
Pero, si trae miras
de quedarse instalada,
entonces, de improviso
un almendro florido se levanta
en el mismo lugar que ella ocupaba
o una nueva ventana sobre el muro
copia un cielo de nubes extasiadas.
Recomienzan los niños sus rondas y sus juegos
y todo fue tan sólo como un pérfido sueño.

PAYASO CON FLAUTA

(Fantasía en un desván)

Mira, Pedro Ignacio,
encontré un payaso
vestido de raso,
seda deslumbrante,
pirueta brillante,
rostro placentero,
corazón ligero.

¡Con él jugaremos!
Alfombras de espuma,
columnas de sueño.
Baila con el alba,
baila tú, pequeño.
Al caer la tarde,
campánulas rojas
entrarán al baile.

Sonríe el espejo.
Danza en los rincones
sobre los arcones,
donde el polvo lento
deshace el recuerdo
de otros corazones.

¡Encontré una flauta!
ahora la orquesta
se vuelve fantástica:

Y los abanicos,
señores del aire,
inician sus giros
llenando la estancia
como de suspiros.

A la dulce ronda,
¿quién más quiere entrar?
¡Ah!, las caracolas,
que están siempre solas
fulgiendo su nácar
sobre las caobas,
atentas, absortas
en la voz del mar,
en la voz del dueño,
voz del hondo sueño.

Cerca de la flauta
se tiende el payaso,
rendido, cansado,
¡tanto que ha bailado!
Sueña con amigos,
mi canción lo arrulla:
Junto con mis hijos
se queda dormido.

ALEGORIA DEL NUMERO TRES

Danzan, vienen, caminan,
envueltas en las nubes,
apenas existentes
entre el sol de la tarde.

Danzan, vienen, caminan,
tres figuras de sueño,
tres siluetas sonrientes
con túnicas flotantes.

Giran las hojas de los árboles,
giran su danza de cristal.
Tres figuras de sueño,
tres rostros de mis sueños
giran con alas de metal.

ABANICO

Puede contar la historia de un sol desvanecido
en cortinas de raso,
lánguida mariposa de color desvaído,
flor que guarda el perfume de un tiempo deshojado.
Aplicando el oído a su rumor de seda,
se escucha el mar cantando
y de música y ámbar,
una mujer se acerca, con un niño en los brazos.

CANCIÓN PARA PEDRO IGNACIO

Plom-balanchín
Plom-balanchán,
con mamacita
voy a pasear
por el mercado
de la ciudad.
Plom-balanchín
Plom-balanchán.

Brillan las botas
del militar
y las sotanas
del capellán:
la alegre loza
del cacharrero
y las chupallas
de Juan Sombrero.

Brillan los gritos
de los venteros.
Ríen los dientes
del maíz nuevo.
Canta la greda
del alfarero.

Plom-balanchín
Plom-balanchán.
Sandía roja,
trigo candeal,

verde pimiento,
dorado pan.
Plom-balanchín
Plom-balanchán.

Qué lindas cosas
puedo comprar.
Quiero una estera
para alfombrar
que traiga el canto
del totoral,
arrope oscuro
miel de panal.

Plom-balanchín
Plom-balanchán.
Las doce ha dado
la Catedral.
Duérmete, vida,
duérmete ya.
Plom-balanchín
Plom-balanchán.

CANCION DE LAS TRES DONCELLAS

PARA ANAMARÍA, LEONORA Y TERESA SOLEDAD

En los manzanos se mecía
el viento ebrio con su flor.
Las tres doncellas sonreían:
—No conocemos el amor.

Blanco doncel desde la luna
su blanco vuelo desprendió.
Sobre la noche constelada
era su voz un surtidor.

—Nos ha besado la tristeza.
Ya conocemos el amor.

Los altos ulmos de las colinas
empezaban a florecer.
Ardía el canto de la cigarra:
Trébol, gavilla y pasto miel.

Vino del sol el príncipe rojo,
con el estío sobre su piel,
traje de llamas, carcaj de oro,
todo dulzura y altivez.

—Un lento fuego nos consume
Ya conocemos un querer.

Vestido de algas, fulgurante,
con el relámpago y la sal,
de los abismos de espejos verdes,
llegó el príncipe de la mar.
—Ensueño, llama, mar inmenso,
el amor deja soledad.

En los manzanos se mecía
el viento ebrio con su flor.
Ardía el canto de la cigarra.
—Ya conocemos el amor.

QUIERO DECIRTE

Quiero decirte
que la ciudad es otra si vamos de la mano.
Los altos edificios se iluminan de pronto,
las torres negras danzan en el cielo
y está entero el camino
salpicado de cantos y luciérnagas.

HUERTO CERRADO

Este es mi oculto reino:

Un jardín inundado de sombra y de silencio
en donde me retiro
cuando la soledad o la tristeza
me hacen su prisionera.

Ingenua es su dulzura, primitivo su canto
y la lumbre del viento que lo agita
penetra en mí como un raudal de fuerza.

CUARTA PARTE

Cantos por la paz

A mi madre

LA ORACION EN EL HUERTO

Tiembla en Getsemaní la luz vencida,
rota en las ramas altas del olivo.
Arrastra el viento un llanto fugitivo.
Camina el odio la ciudad dormida.

Duele la voz, que viene humedecida
en el beso traidor, lo hiere vivo.
Duele el amor, que se entregó cautivo
y transformó sus soles en herida.

Duele el dolor como nunca doliera
—áspera sal, oscura enredadera—
frágil, la sangre se abre, no resiste.

Varón de escarnio, Cristo, abandonado,
temblando está tu grito desolado:
"Mi alma está triste; hasta la muerte, triste".

CANTO DE PAZ

A HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

Y fue de pronto, al borde del camino
—extrañas flores—
ese bosque de cruces uniformes,
blancas, de una blancura fulgurante
bajo el sol estival.

Un compañero de armas
conocido de Dios.
Mas, ¿es verdad, Señor, lo conociste
cuando ante ti surgió
con su cabeza rota y sus manos sangrantes
desde un oscuro cielo de batalla?

“Un hombre conocido
solamente por Dios”.
La inscripción se repite
como una pesadilla.
Y los otros: veinte años, dieciocho años,
los besadores de la primavera,
venidos de los más lejanos cielos
a dar la muerte y recibir la muerte,
olvidados del beso,
oscurecidos, ciegos.

Oigo el canto del mar
como una letanía.
Miro las cruces fulgurar.
Imagino los rostros, las sonrisas.
¿Por qué estamos aquí,
con qué derecho gozamos de este día,
mientras ellos
yacen deshechos, para siempre inmóviles?
¡Hombre del Siglo Veinte, veinte siglos
no te enseñaron el amor!
No te sirve la lumbre de la ciencia:
Bajo el polvo candente, Nagasaki,
las alambradas de Auschwitz,
los campos de dolor.
¡Ah, si las bocas silenciosas
se abrieran para condenarte
y las manos brotaran de la tierra
hacia la luz, buscándote,
ningún coro sería más tremendo,
ningún mar con más sangre,
ningún viento más ronco:
Clamor de densa selva hecha de cuerpos,
espesa, interminable!

Las madres de la tierra
debemos detener esta barbarie.
Opongamos al trueno de las armas,
la canción de los trigos;
al girasol de fuego que destruye,
el girasol de paz de los molinos;

al fulgor de los ojos llenos de odio,
el fulgor de los ojos de los niños.

Que suba la canción de nuestras ruecas,
la canción de la llama en el hogar prendido.
Que nuestra gracia rompa la tiniebla
y mientras duerme el hijo,
sentiremos nacer los nuevos cánticos
y crecer, y crecer en los caminos
el amor de los hombres, que van cantando unidos.

SALMO DE PAZ

Y vinieron mujeres desde toda la tierra.
Dejaron un instante sus casas, sus pequeños,
su quehacer cotidiano.

Vinieron con la esperanza
como un sol entre sus manos.

Con el amor, como guirnalda de primavera
ceñido a sus vestidos.

De los valles del Asia,
del Perú con sus sierras nevadas,
de los anchos desiertos del Africa,
del Chile austral y sus montañas,
desde toda la tierra,
vinieron a decir una palabra:

PAZ

Vinieron a cantar un canto único:

PAZ

Vinieron a implorar la sola gracia:

PAZ

Con las manos unidas
formando una gran ronda indestructible
que abraza con su amor la tierra entera,
elevaron sus voces,
que son sólo una voz,
como una estrella que arde para siempre
y que canta
sobre todos los cielos,
esta palabra:

PAZ.

Congreso Mundial de Mujeres, Moscú, junio, 1963.

RECITAL DE POESIA

A OSCAR HAHN

Aquí están los poetas.
Han venido a decir cosas sencillas.
A decir: éste es el rostro de mi amor,
aquí está mi agonía cotidiana;
aquí, el rumor del trompo
con que juega mi hijo.
¡Y corazón adentro, tanta niebla,
tanta visión inalcanzada!

Han venido a escucharlos.
A esperar que ellos abran
la puerta del infierno,
que hagan bailar el sol sobre la mesa,
que descorran el velo de un trasmundo de sueño,
que muestren sus heridas.

Siempre fue doloroso
para mí el escucharlos
o estar entre ellos,
diciendo las palabras imperfectas
que quisieron coger una visión en vuelo,
la sensación exacta.

Escuchando, sentí a veces el ansia
de correr y correr hacia los bosques,
gritando hasta lo ronco,
clamando, preguntando:

¿Nada podrán hacer estas palabras,
no podrán detener la ola oscura,
el mar ardiente de la lava
que quieren desatar los *carniceros*
que juegan a los dados?
¿No podrán hacer nada,
aunque sean palabras de verdad
arrancadas con sangre,
palabras de esperanza
hechas con el fulgor de la mañana?

EXURGE SALTERIO

(Shabbath en Praga)

Canta, joven rabino,
de pie en la sinagoga más antigua del mundo.
Tus palabras eternas
se agrandan en la noche,
detienen al Moldava junto al puente de Carlos
y hacen estremecerse sus estatuas.

Canta: que duela bajo la piel la cifra
de los tatuados por las hordas bárbaras
y sangren en los muros
los nombres de los sacrificados
incontables como arenas del mar.

Canta: Tu canto acallará las roncas
voces en la taberna de U'Tomache,
se escuchará el gemir de las doncellas
arrojadas como alimento de la soldadesca
y las historias que las madres cuentan
a sus pequeños
al entrar a las cámaras de muerte.

Canta: Ya Praga no es tan sólo
la ciudad más hermosa de la tierra,
sino el altar del mundo,
el sollozo del mundo,
el lento calofrío que estremece los huesos de los muertos,
que conmueve las piedras,
que recorre como un ala de sombra
desde San Jorge hasta la Malestrana.

Y tu voz no es tu voz
sino el río de voces de tu raza,
que se pone de pie para rezar contigo
encendiendo un fulgor de sacrificio,
removiendo una luz desesperada.

Y tu voz también sangra,
golpea en cada puerta, en cada tumba,
en cada piedra,
como un mar infinito de voces sin silencio,
para siempre despierta.

Canta, joven rabino.
Como el salterio bíblico,
rompe tu corazón en este canto.
Peregrina de cielos tan lejanos,
de pie en la sinagoga más antigua del mundo,
te acompaño
con mi sangre, llorando.

RISA DE NIÑO

A MI HIJO RODRIGO

Ríe, mi niño, ríe.

Amo escuchar tu risa

que vuelve transparentes las oscuras murallas:

Acuden las vecinas preguntando

qué extraña mano penetró en mi casa,

qué polvo de oro danza en los rincones,

qué paso alado sube las escalas,

porque todo está lleno de un aire que sonrío,

de un brillo de jazmines en el alba.

Cogeré los cristales de tu risa

y tejeré con ellos un collar.

Todos preguntarán de dónde lo he tenido,

qué fulgor musical

canta sobre sus cuentas,

cómo son de rocío

y huelen a azahar.

Los guardaré, mejor, tiernamente en mi mano

e iré a hacerlos cantar

en los sombríos patios de las cárceles,

en los largos pasillos de hospital,

en los asilos grises, en donde los ancianos

toman el sol, como durmiendo apenas.

Por un instante vivirán de nuevo:

y encontrarán un niño, su niño, que sonrío.

Todo volverá a ser como el comienzo:

luminoso, intocado,

alba sobre cristal.

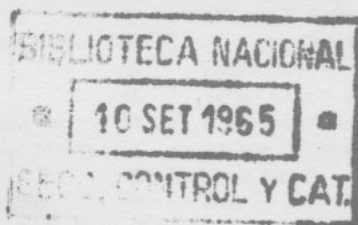
Vuele, vuele tu risa,
dorada, tornasol,
como el ala de un ángel,
hacia los rojos reinos del dolor:

En los turbios prostíbulos,
en las esquinas donde los mendigos
aprietan sus harapos para no sollozar;
en los umbrales egoístas donde de todos se olvidaron,
donde compraron todo, incluso el sol.
Tanto dolor del mundo, tanto dolor!

Juntemos a tu risa muchas risas de niños
y tejamos aros de luna y azahar,
hagámoslos rodar sobre la tierra entera,
arco iris, panal,
vivo mensaje de la primavera,
campanas de cristal.

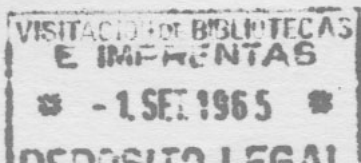
Así, desde la risa de un niño, prodigiosa,
como de una semilla
habrá nacido el árbol de la paz.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



I N D I C E

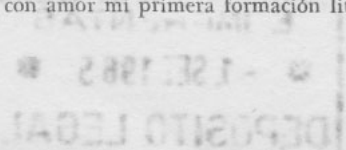
<i>Prefacio, por Gastón von dem Bussche</i>	7
<i>A Eliana</i>	15
PRIMERA PARTE	
Los caminos del llanto	19
Juego de sombras (poema en tres tiempos)	21
El espejo	23
Cómo ir muriendo	24
Salmo	25
Quinteto en La menor	26
Una voz	27
Soneto	28
Viajeros en la noche	29
Invisible ventana	30
La palabra del mal	31
Obsesión	33
Lejos	34
Barcarola	35
SEGUNDA PARTE	
La ciudad que fue	37
Las nubes	39
Cielo de amanecer	41
A la poesía	42
Viento Puelche	44
Carahue: ciudad que fue	46
Atardecer en campos de Castilla	48
Suplementero dormido	49
En la muerte de Gabriela Mistral	52
La flor de la montaña	54
Epitafio para Gabriela	55
Roberto Falabella	56
La sombra se oscureció	57
TERCERA PARTE	
En mi casa	59
Luna	61
Amiga poesía	62
Payaso con flauta (fantasía en un desván)	64
Alegoría del número tres	66
Abanico	67
Canción para Pedro Ignacio	68
Canción de las tres doncellas	70
Quiero decirte	72
Huerto cerrado	73
CUARTA PARTE	
Cantos por la paz	75
La oración en el huerto	77
Canto de paz	78
Salmo de paz	81
Recital de poesía	82
Exurge Salterio (Shabbath en Praga)	84
Risa de niño	86



AGRADECIMIENTOS

En mi vida no he encontrado más que bondad, bondad que alcanza a grados sublimes y que pude apreciar, más que nunca, durante los dos años en que el jefe del hogar estuvo injustamente privado de trabajo. Agradezco a seres extraordinarios como Fernando Onfray y Hernán Vera —verdaderos hermanos—, Marta Alessandri, Nelly Baynes, Tita Godoy, Ximena Feliú, Aurora Lagarrigue, Teresa Ossandón, Humberto Aguirre Doolan, Domingo Durán, Julio Magri, Arturo Matte Larraín, Armando Roa, José Zamudio y a tantos otros, conocidos y parientes y desconocidos generosos, que no terminaría de nombrar.

Quiero recordar con unción a aquellos cuya palabra me hará falta al aparecer este libro: al poeta y maestro a quien quise como a un padre, Jorge Hübner Bezanilla, y al profesor de Castellano, mi tío José Adelino Barahona, que guió con amor mi primera formación literaria.



ACABÓSE de imprimir esta primera edición de LA CIUDAD QUE FUE, poemas de Eliana Navarro, el 17 de julio de 1965, en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria, S. A., San Francisco 454, Santiago, Chile. La autora expresa sus agradecimientos a la pintora Marta Carrasco, al diagramador y portadista don Mariano Rawicz, a don Eduardo Castro Lefort, Gerente de la Editorial, a los señores Carlos Orellana, Luis Fernández y Juan Martínez, al cajista, señor Raúl Garrido, que compuso con tipos la viñeta de la portada, y, en general, a los linotipistas, cajistas, correctores, prensistas, encuadernadores y demás personas que intervinieron en la confección del libro. Consta la presente edición de 1.000 ejemplares, 20 papel Vergé, numerados a mano y firmados por la autora